



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

COLÓN, MÁRTIR.



—¡Si lo sé, no descubro la América!

SUMARIO

TENTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XII, por Tomás Luceño.—Juanito el Camaleón, por Juan Pérez Zúñiga.—Casas, por Antonio Peña y Gofí.—El cazador furtivo, por Simón Delgado.—Cantares, por Antonio Montalván.—Al salir del baño, por Manuel Soriano.—Chismes y cotilleos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Colón, mártir, por V. Delgado.—La Exposición de Bellas Artes, por Cilla.—La triple Seta. Fina en la zarzuela *Casina*, fotografiado de Romea y Compañía.—Anuncios, por Cilla.



Apesar de la escasez de festejos y de los naturales peligros que encierra la capital de España, son muchos los forasteros que han venido a visitarnos. De Vigo solamente hay aquí treinta ó cuarenta personas de ambos sexos, y de Pontevedra otras tantas, sin contar la música del Hospicio con el instrumental correspondiente y unos roses preciosos.

En días así no puede uno dar un paso sin tropezar con algún compatriota cariñoso que nos dice lleno de júbilo:

—Permite que te estreche contra mi cotazón. ¿Cómo va? ¿Dónde vives? Voy a ir a verte mañana para darte noticias del pueblo.

—No, no te molestes.

—Si, hombre, sí; quiero contarte lo que está pasando en el ayuntamiento. ¿Sabes quién es concejal? Moroncillo. ¿Sabes quién se ha casado? La de Farrupeiro. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—Te vas a admirar cuando te cuente otras muchas cosas... En fin, mañana tempranito iré a visitarte, porque tú tendrás gusto en saber lo que ocurre en nuestro pueblo. ¿Verdad?

—Ya lo creo.

—¿Te acuerdas de aquella casa ruïnosa que había en la calle del Bruqueño, bajando a la derecha? Pues allí van a poner una fonda. ¿Sabes quién? El hijo de D.^a Petronila, la que estaba casada con Canseco.

Y quieras que no, mi paisano me cuenta una porción de cosas que no me interesan poco ni mucho. Después me invita a tomar una gaseosa, y no tengo más remedio que aceptar para que no se ofenda. Nos sirven el refresco, y pregunta:

—¿De qué es esta gaseosa?

—De limón—contesta el mozo.

—¿Qué barbaridad! Esto es malísimo. Para gaseosas las de Troncoso, el de nuestro pueblo. ¡Aquella sí que tiene fortaleza! La bebes ahora, y a las doce de la noche aún tienes en la boca el gusto del limón.

A mí me ha salido estos días un paisano que quiere verlo todo, especialmente los Congresos, porque asegura que no habrá ningún orador parecido a uno de Puenteareas, que se pone a hablar a las ocho de la mañana y a las cinco de la tarde tiene la boca tan fresca como cuando empezó el discurso.

—¡Aquel sí que es orador!—exclama.—¿Con decirte que lo oyó el obispo de Tuy y le regaló doscientas y pico de indulgencias y un bastón de estoque!...

El Ayuntamiento no se cuida de distraer a nuestros visitantes; pero ellos se divierten por cuenta propia acudiendo a los teatros, a los paseos, a los cañales y a todos los demás sitios de recreo.

El teatro Español se ve concurridísimo estas noches, y el gran Antonio Vico es objeto de calurosos aplausos.

Allí hemos visto un segundo galán de provincias que está parado por que, según él, le salió un bulto en un vacío y no puede hacer obras fuertes ni abrocharse los gregüescos.

—Todos hemos tenido nuestras glorias—decía él.—En Candelario me regalaron a mí la noche de mi beneficio el diploma de socio de mérito del Casino y más de seis libras de lomo adobado, dentro de un estuche de *pebis*. ¡Ay! Si no fuera por el bulto, otra sería mi posición.

Muchas madres, de dentro y fuera de la capital, que tratan de dedicar a sus hijas al arte dramático, acuden al teatro de la Princesa, para que admiren a la Tubau y le acojan sus movimientos.

—Hija mía!—exclaman en un momento de frenesí.—¿Cuándo llegarás tú a esa altura?

—Quién sabe, mamá.

—Si esta fuera otra—añade la mamá dirigiéndose a un espectador—ya podría estar a estas fechas en la compañía de Julio Ruiz, porque somos bastante amigas de un chico acomodador que tiene mucha influencia sobre aquél. Aun el otro día D. Julio le regaló una bufanda.

¡Cuán noble es este afán que brota en el pecho de las mamás artísticas! ¡Y cuán candorosa la aspiración de los forasteros que acuden al teatro para conocer a Bosch personalmente!

No, no han terminado los Congresos, y además va a haber conferencias, como si no hubiéramos oído bastantes discursos.

No hay presidente de sociedad recreativa, por modesta que sea, que no vaya en busca de un sujeto de fácil palabra y le diga cariñosamente:

—D. Heliodoro. ¿quiere usted dar una conferencia en nuestro círculo?

—El caso es que yo no me he dedicado a ninguna especialidad.

—¿No es usted viudo sin hijos? Pues dé usted una conferencia sobre los inconvenientes del servicio doméstico y el abuso de las criadas cuando sirven a un hombre solo «que no se fija.»

Y D. Heliodoro se presenta en la sociedad, embutido en una levita que parece una funda, bebe agua, se peina el bigote con los dedos índice y pulgar de la mano derecha y rompe a hablar con gran aplauso del auditorio.

Antes sólo pronunciaban discursos los seres superiores; ahora nace un chico, y a los pocos meses ya están diciendo los papas, inficionados con la epidemia reinante:

—¡Mire usted qué mono! Ya tiene dos dienteitos... Estamos deseando que crezca un poco más, para que dé una conferencia en el *Ateneo lactante*.

Con el tiempo no serán los hombres solamente los que ilustren a sus coetáneos por medio de conferencias, sino que habrá también señoritas oradoras que acudan a los centros de recreo a pronunciar discursos sobre la manera de hacer las camas y de apretarse el corsé.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XII

Corriente: voy a decir, con toda sinceridad, la manera que yo tengo tan rara de trabajar. Nunca supe hacer comedias, ni creo que es hora ya de ensayarme en ese género de tanta dificultad. Pero mi ambición consiste en aprender a imitar los deliciosos sainetes que dieron nombre inmortal al ilustre don Ramón de la Cruz, que a la mitad del siglo anterior naciera para ridiculizar las costumbres y los vicios de su inculta sociedad, por medio de esas *obritas* que alguien suele despreciar. Pero ¡infeliz de mí! Dios, que es más bueno que el pan, frecuentemente castiga mi audacia y mi terquedad; porque no escribo un sainete que, por nefas ó por fás, no me salga un disparate de tamaño colosal.

¿Que cómo los hago? Escuchen ustedes y lo sabrán.

Música.

Yo escribo los sainetes de esta manera: cojo papel y pluma como cualquiera; pienso los tipos, los chistes, las escenas y doy principio.

Decoración de tienda (pongo por caso), dos puertas en el foro y una de paso; varios costales de garbanos, y encima quesos de Flandes.

¡Mal empiezo, caramba! Nada, no sigo sin consultarlo antes con un amigo. Y busco a Ramos, a quien debo consejos, todos muy sanos. Si el trabajo le gusta

que llevo hecho,
me retiró á mi casa
tan satisfecho.
Primera escena:
Solo Don Polcarpo
con Doña Tecla:
¡Juntos del brazo
muy cariñosos...
Esto no es verosímil
si son esposos...
Nada, no sigo
sin consultarlos antes
con otro amigo.

ignoro si es *mojama*
buen castellano.
Guardaré los papeles
en la cartera,
voy á ver qué me dice
Pepe Estremera,
Que es literato
y está en punto á lenguaje
muy enterado.

Hablado.

—¿Está don Vital Aza?
—Saltó á paseo.
—Pues de aquí hasta que venga
no me muevo.
Podré esperarle.
—Sí, señor, quién lo duda,
y hasta sentarle.
—Vital, celebro que haya
vuelto tan pronto!
Díme si estas escenas
están en tonía.
—Parecen pocas,
y ni tantas ni cuerdas
son hasta ahora.
Continúa escribiendo
á ver qué sale.
—¿Luego no te disgustan?
—¡Dale, hombre, dale!
—¿Qué tonterías!...
—Es que si no te agradan
las hago trizas.

Y con esta incertidumbre
y con esta vaguedad,
y siempre desconfiado,
con razón para mi mal,
¡vierto en cada sainete
un año y á veces más.
Ya consulto á todo el mundo,
marco á la humanidad,
y para saber si un *chiste*
buen efecto causará
le ensayo ante mis amigos,
manteniéndoles muy formal,
que se le oí en un discurso
á Martos ó á Castelar,
leo antes de ponerme
á escribir, con grande afán
los sainetes escogidos
de gentes de autoridad.
A Don Ramón me le sé,
á Ricardo Vega, más,
á Javier de Burgos... ése
como á un hermano carnal.
Quiñones de Benavente
(casi de mi misma edad)
ni un entremés ha compuesto
que yo no pueda citar.
Y una vez que he declarado
con toda sinceridad
la manera que yo tengo
tan rara de trabajar,
aquí el romance termino:
pero juro, ¡voto á San!
que he de consultarlo antes
de darle publicidad
con Sinesio que, también,
es un amigo leal,
y como él diga que es malo,
es que es malo de verdad.

TOMÁ LUCENO.

JUANITO EL CAMALEÓN

Juan Blanco, que es hombre franco,
me refirió ayer su historia.
Me dijo que allá en Vitoria
nació muy rubio y muy blanco.
Pero desde que era nene
colores cambiando está,
pues un color se le va
y otro color se le viene.
El chico, que era un portento
por su color *sonrosado*,
pasó luego á ser *tostado*
por el sol y por el viento.
Luego un anarquista cojo
le consiguió convencer,
y Juan, sin dejar de ser
Blanco y tostado, fué *rojo*.
Al verse el hombre perdido
y arruinado, renunció
á ser rojo y prefirió
vivir siempre *ascurcido*.
Mas como hay gente que muere
si no cobra lo que ha dado,
un acreedor desalmado
le encontró y le puso *verde*.

Huyó á Galicia Juanillo;
mas cayó enfermo en Galicia
y, efecto de la ictericia,
volvió á la corte *amarillo*.
Hoy á salir no se atreve,
y aunque le mantiene el negro,
el pobre Juan se ve *negro*
para pagar lo que debe.
Y como así lo declara,
no es raro que le acorralen
y quieran ver si le salen
los colores á la cara;
pero con tanto safrir,
aunque está en la edad mejor,
Juan ha perdido el color
y no le puede salir.
Viendo, pues, que el pobrecillo
ha sido verde, tostado,
rojo, oscuro, sonrosado,
blanco, negro y amarillo,
está muy puesto en razón
que aquí y en San Sebastián
le llamen todos á Juan
Juanito el Camaleón.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

COSAS

No hay escape; *Garín*, convertido por el Sr. Fereal en guarro poético y por el maestro Bretón en tabarra musical inaguantable, me llama á voces—por poco digo á gruñidos—y no tengo más remedio que acudir á los clamores del ermitaño de Montserrat.
¿Saben ustedes cómo le llaman por ahí? Pues algunos *Guarrín* y otros *Guarrón*.
¡Me valga el Gran Arquitecto del Universo! ¡Cualquiera diría

que el músico ha introducido en *Garín* todo el virus rábico de que se ha ocupado el Congreso de librepensadores!

Es curioso lo que ocurre con el maestro Bretón, que no ve lo bello culminante sino cuando hace rabiar á los personajes de sus óperas.

En *Los Amantes de Teruel* trincó á Marsilla á un árbol y lo sacó á escena. A los que tal medida le censuraron contestó el egregio maestro en *El Liberal*, diciéndoles:

«Pues si es la escena más hermosa, más dramática, la culminante del clásico drama que tomé por base, ¿cómo podía renunciar á ella?»

Y la escena más hermosa, más dramática y más culminante se redujo al pobre Marsilla pegando gritos y pidiendo, vayan ustedes contando, la muerte, que el sol detuviese su movimiento, que se despegasen la tierra y los globos, que ardiese el líquido elemento, que las fieras viniesen á comer al amante infelice. y

«¡Dios, si no quieres libramme,
venga Luzbel, ven, sí, ven!»

Nada, la hidrofobia en corcheas.

Llega ahora *Garín*, y la escena más hermosa, más dramática y más culminante de la obra es aquella en que el ermitaño, ciego de lujuria, se lanza sobre Vitilda en medio de una tabarra-tempestad que dura más que el cordónazo de San Francisco.

Veán ustedes la anotación del libro cuando se llega al momento culminante:

«El huracán estalla en toda su terrible belleza (aunque me esté mal el decirlo, podía usted haber agregado), la escena iluminada sólo por los relámpagos, rayos que serpentean en la perspectiva del fondo, chaparrones incansables y espesa niebla.»

Y la Biblia sacrosanta! ¡Descansados se les habrán quedado los cuerpos al poeta y al músico, después de ese desahogo!

Oigan ustedes ahora á *Garín*:

«Tuoni, baleni, portici e folgori,
Montserrat sprandinute ed annientate
Garín e la sua vittima e il delitto!

Que quiere decir: «Truenos, relámpagos, torbellinos y rayos, hacéd polvo á Montserrat y hacéd cisco á *Garín* y á su víctima y al delito!»

Y al público, hombre, al público también, para que quedemos todos convertidos en arenilla! ¡Y así habrá paz!

Me asusta pensar qué asunto elegirá el Sr. Bretón para su tercera ópera. Como se conoce que el poeta-músico necesita cosas terribles para que se despierte su musa, ¿qué situación dramática le queda para inspirarse, después de Marsilla atado á un árbol y metido en una caja de muerto, y de *Garín* el fraile estuprando como un salvaje á Vitilda?

Dicen que «del enemigo el consejo.» Ahí van tres asuntos: *Troppmann ó la familia Kin*, *Jack el Destripador* y *El Sacamantecas*.

No encuentro otros que casen con el temperamento del regenerador del arte lírico nacional.

**

Y la música? ¡Ay, la música! ¿Quién es capaz de levantar á pulso aquellos quintales de armonía, aquellas toneladas de contrapunto que aniquilan á *Garín*?

¿Quién hay que tenga alientos para zambullirse en aquella instrumentación rugiente y mugiente que hace el efecto de un moscone interminable?

Tenia yo un amigo navarro que era el tragón más grande que he conocido. Cuando se trataba de un almuerzo, de una merienda, de una comida, solíamos preguntarle:

—¿Qué quieres que se ponga? ¿Cuáles son los platos que más te gustan?

Y respondía siempre:

—¿Platos? ¡A mí qué me importa? ¡Lo que os dé la gana, con tal que pongáis muuuucho, muuuucho, muuuucho!...

Este es el maestro Bretón. No tiene genio, no tiene personalidad, carece en absoluto de la nota poética, es decir, del exceso de sensibilidad que hace gozar y sufrir, que hace vivir al artista la vida del sentimiento. Y cree que la falta de poesía, de inspiración, puede suplirse con la pléora de ciencia musical.

Meyerbeer traza la admirable escena de la fascinación, en *El Profeta*, con un violoncelo; y la grandiosa escena del enlace, en *Los Hugonotes*, con un clarinete bajo.

Un corno inglés y una plegaria á voces solas bastan á Wagner para saturar de inmensa, de indefinible poesía la primera escena del segundo cuadro de *Tannhauser*.

La cuerda casi sola es suficiente para elevar la tensión dramática á su máximo grado en el dúo de Amonasro y Aida.

Podría citar ejemplos hasta cansarme, para probar que la naturalidad y la sencillez son elementos de expresión que penetran en el alma más que lo intrincado y lo abstruso cuando no obedecen á nada, cuando no son auxiliares de nada, cuando no valen más que para ocultar, para servir de tapadera á la falta de estilo propio, á la impotencia creadora, á la carencia absoluta de temperamento teatral.

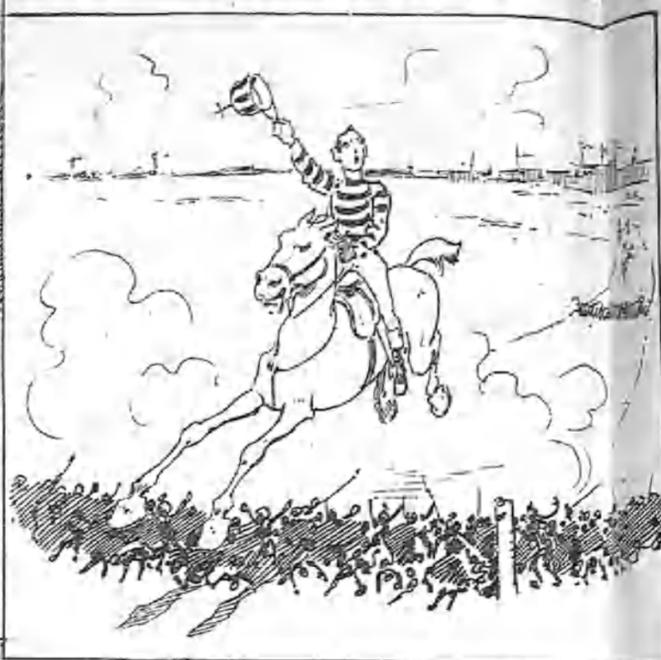
Hanslich se lo dijo al Sr. Bretón en Viena, cuando se ejecutó allí *Los Amantes de Teruel*. Las flores del maestro español son flores de trapo.

Una verdad como un templo. Marsilla es de trapo, Isabel es de trapo, *Garín* da trapo, Vitilda de trapo. Todo, todo cuanto toca lo convierte en trapo la mano del Sr. Bretón.

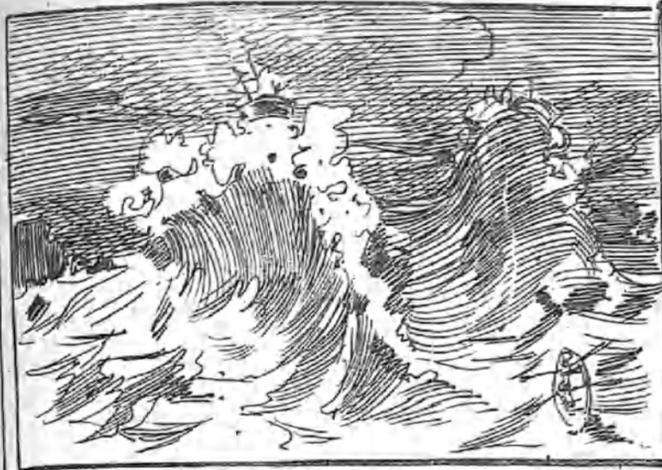
EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



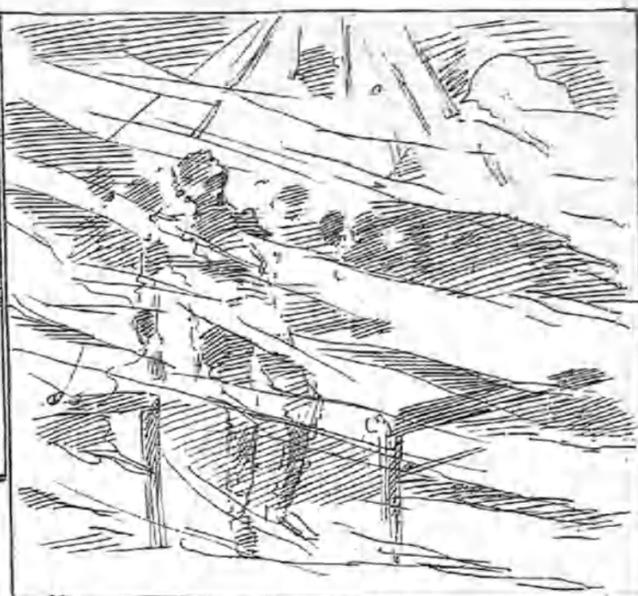
55.—Final del segundo acto de la zarzuela de gran espectáculo titulada: *Una venganza del Dante ó el derecho de asilo.*



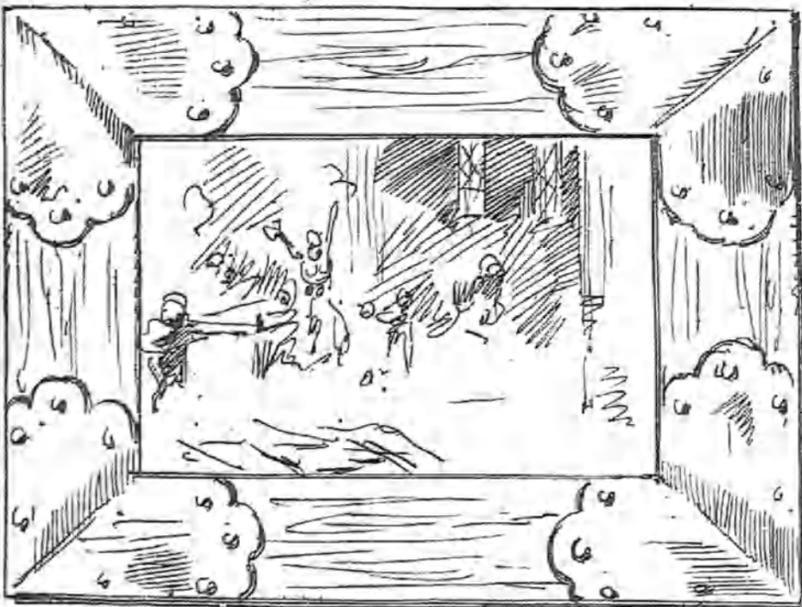
1169.—Carrera de obstáculos ó el Triunfo de la Santa Cruz.



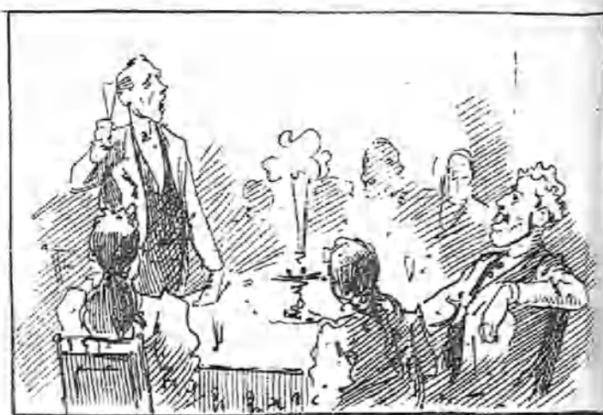
Este año les ha dado por presentar el mar alborotado y barcos en tan triste situación que llenan de amargura el corazón.



40.—Muerte de Churruca, á consecuencia de una niebla espesísima.



678.—El día antes del choque de la tierra con el planeta Marte.



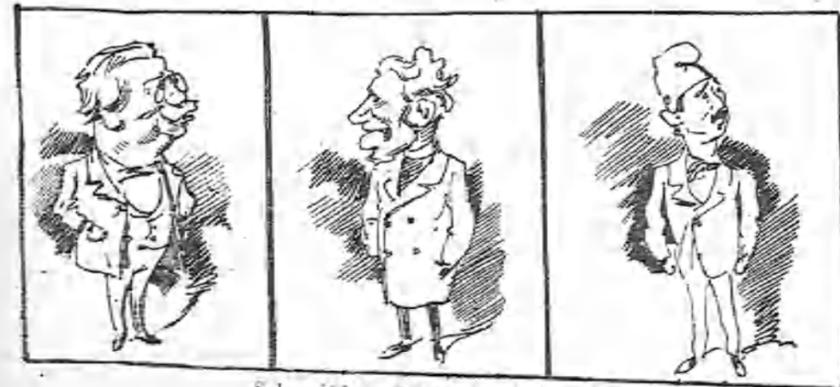
157.—Brindo por D. Francisco Romero Robledo, aquí presente.



945.—Sagasta leyendo *La Iberia* á D.^a Mariana Pineda para proporcionarla un rato de solaz.



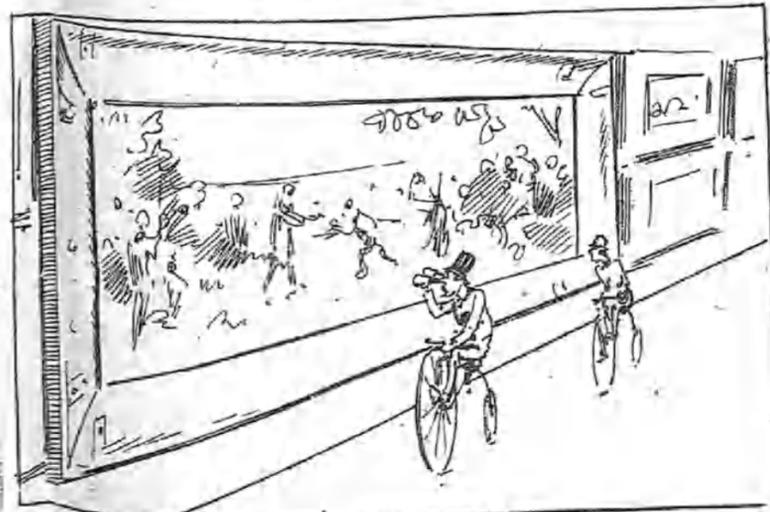
474.—Celos de un quinqué.



Sala política.—Sección de retratos.



550.—Preparativos para las Flores de Mayo. Primer acto de *La Bruja*.



Único modo de pasar revista á la Exposición.



230.—Si no estuviera tan gorda ¡cómo me lo comería!

Mas ¡cielos! veo que hablo en serio de la ópera del maestro sal-mantino, cuando por ningún concepto merece tales honores.

Además, temo contaminarme con el estilo del autor de *Garín*, con esa ensalada franco-italo-hispano-germánica, que se pega como el cólera morbo.

¿Quiéren ustedes una prueba? Allá va. El eminente crítico musical de *La Correspondencia de España* ha hecho un análisis primoroso de la ópera, y entre mil cosas que podrían entresacarse del artículo de D. Ricardo González, quiero ofrecer á ustedes el párrafo siguiente, que es garinesco *pur sang*. Fíjense ustedes:

«En la escena primera hay un coró pastoril (de hombres), de excelente carácter, haciéndose notar como sobre dos notas (*sol re*), que persistentemente hacen las flautas, modula y traslada el prolífico motivo principal del tono de *sol*, en que está este número, á *do* primero, y luego á *mi bemol*, para volver al tono primitivo.»

¿Qué tal? ¿Lo han entendido ustedes? ¿Qué me dicen ustedes de ese motivo *prolijo* que modula y traslada? ¿Y de las notas que hacen las flautas? ¿Y del *sol re*, y del *sol*, y del *do* y del *mi bemol*?

Pues ése es el efecto que produce la audición de *Garín*, con sus interminables desierto de notas, con sus inacabables modulaciones, con sus motivos, *contramotivos* y diseños que se cruzan en todas direcciones, como telarañas rítmicas y armónicas.

Y todo ello en una tonalidad gris, de niebla, con la orquesta aplastada bajo un aluvión de notas que suenan siempre á hueco; una congestión de ciencia inútil, el prurito de exhibirla sistemáticamente, produciendo el cansancio, el hastio, el aburrimiento.

Y todo largo, todo desleído, todo sin *cuadratura*, todo ordinario, de mal gusto, falso, feo y machacón.

Palabras, palabras, palabras; notas, notas, notas; trapo, trapo, trapo. No hay otra cosa en *Garín*, en una proporción que llega á molestar á la naturaleza más insensible.

—¿Cómo se llamará Bretón entre los masones?—preguntaron en cierta ocasión á un popular artista

—El Hermano Posma—contestó sin vacilar.

¿De cuerpo entero!

Se continuará, si á mano viene.

ANTONIO PEÑA Y GOSI.



LA TIPLA SEÑORITA DOÑA JOAQUINA PINO
en la zarzuela *La Carolina*, de Estremadura y Chapí.

EL CAZADOR FURTIVO

I
Triste y negra está la noche,
y en los barrancos desiertos
se oye el aullar de los lobos

que descienden de los cerros.
Cae la nieve en copos grandes
la agreste selva cubriendo,
y van quejando los pinos

en blanco sudario envueltos.
No hay aromos de veredas,
ni vestigios de senderos,
ni de las cabañas sombras
ni de los hambrientos recuerdos.
Cuando las hambrientas fieras
callan y se pierde el eco,
domina en el monte abrupto
la majestad del silencio
y parece el ancho valle
parodia de un mundo muerto
en que la nevada borra
las huellas de los que fueron.
No ha mucho, cuando el estío
doraba la sierra á fuego
y el sol mandaba sus rayos
sobre los bosques inmensos,
era la fértil campiña
otro paraíso, lleno
de dulzuras para el alma
y delicias para el cuerpo.
Con amigos y parientes
visitáronla sus dueños,
y en cacertías y fiestas
ardió el bosque un mes entero.
Corrió la flor de la corte
por sendas y vericuetos
con buen golpe de caballos
y gran tralla de perros.
¡Y ahora, en la negra noche,
sólo se escuchan los ecos
del aullido de los lobos
en los barrancos desiertos!

II

Con dos conejos al hombro,
un hombre flaco, harapiento,
corría sobre la nieve
resbalándose en el hielo,
bordeando precipicios
y evitando vestisqueros,
fija la vista en la tierra

y el alma en los dos conejos.
Los cogió con lazo, y huye,
recatándose con ellos,
sin temor á los peligros
que van en torno creciendo,
porque, hambrientos y desnudos,
le esperan sus pequeñuelos
en la miserable choza
sin pan, sin luz y sin fuego,
mientras los copos le ciegan
y le entumescen los miembros
y la tormentosa noche
le envuelve en sombrío velo.
—¡Alto!—le gritan de pronto
y él, azorado de miedo,
la carga arroja, por ese
instinto de los ráteros
que del cuerpo del delito
les hace apartar el cuerpo.
Brilla un fogonazo. El hombre
lanza un ¡ay! y un juramento
y saltando por las peñas
se va á esconder allá lejos.

III

—¿Te han herido?
—Sí; en el brazo.
—¿Qué traías?
—Dos conejos.
—¿Dónde están?
—Yo no sé dónde.
—¿Y qué van á comer éstos?
—No sé.
—¿Desgraciados!
—Mucho,
pero no hay otro remedio.
No eran míos, y los guardas
estaban en su derecho.
Los señores tienen caza
abundante, ¡ya lo creo!
¡y... quieren que se la guarden
para cuando vuelvan ellos!

SINESIO DELGADO.

CANTARES

Sobre tu pecho llevas á San Antonio en un escapulario bordado en oro; toda tu vida en ese altar pasaba diciendo misa.	las olitas que pasan, de gusto se chupan los dedos.
No hay un pintor con talento para hacer obra tan linda como el cuadro de tu cara y el marco de tu mantilla.	La dicha va por el mundo viajando en un tren exprés, y los hombres la persiguen en un coche de alquiler.
Sé que te gustan mucho los caramelos, pero no des los cuartos al confitero; saca la lengua y chúpate los labios, que son de menta.	Tienes un Cristo colgado al pie de tu cabecera; la mejor noche se arranca los clavos que le sujetan.
Exposición de luceros prepara el Sumo Hacedor; si vas tú, para tus ojos es la medalla de honor.	Sé que te casas, Inés, y sé que el ramo de azahar hará un chistoso papel.
Cuando te refrescas en la mar el cuerpo,	Á bendecir el agua para la iglesia llaman los sacerdotes á mi morena; y está bendita con que moje sus dedos en la pillula.
	Una estrellita del cielo me representa á mi madre; cuando anochece y se nubla, ¡qué pena siento tan grande!

ANTONIO MONTALBÁN.

AL SALIR DEL BAÑO

Ni glorias ni grandezas ambiciono,
ni me ciegan el fausto y la opulencia,
ni me deslumbra el resplandor de un trono,
ni me siento turbado en su presencia.
Sólo envidio ese mísero arroyuelo
que pasa murmurando blandamente,
y no es porque retrate en su corriente
el purísimo azul del ancho cielo;
le envidio solamente
porque él, y sólo él, ha merecido
lo que nadie en el mundo ha conseguido:

la dicha inmensa que ambicionan tantos como son los que admiran tu hermosura, de ver los mil encantos que atesora tu mágica escultura.

Cuando yo te veía flotar sobre las aguas dulcemente y tu busto ideal se estremecía cada vez que sentía el beso halagador de la corriente, á riesgo de sentirme perturbado ante tanta maravilla como el río encerraba, hubiera yo querido convertirme en rana, boquerón ó pescadilla. Y luego, al contemplar con loco anhelo la punta de tu pie entre las arenas á través de las claras y serenas ondas del envidiable riachuelo, te juro, amiga mía, que, embelesado al verla, me llegué á figurar que era una perla que mostraba una concha que se abría. Y al ver aquel indicio, ó mejor todavía, aquel cimientó, se forjaba mi loco pensamiento el soberbio total del edificio.

Al salir tú del baño tiritando de frío, el río murmuraba, y no lo extraño: ¡yo también murmuraba, y no soy río!

MANUEL SORIANO.



El Sr. Bosch ha gustado muchísimo en Salamanca. Le han obsequiado, aplaudido y festejado en su doble naturaleza de orador y de alcalde.

Pero ¡ay! no le han dicho:

—¿Qué dese usted aquí con nosotros!

Cosa que hubiéramos agradecido muchísimo al vecindario de Salamanca.

Los estudiantes franceses, en recuerdo de su estancia en Madrid, han regalado al Directorio escolar un busto de Corneille en porcelana.

Y el Directorio, ni corto ni perezoso, ha ido y se lo ha regalado al alcalde, para probar á sus compañeros la estima en que tiene el regalo.

¡Vean ustedes lo que son las cosas! Yo tenía entendido que no se puede ceder á nadie lo que le han regalado á uno. Y que habiendo en la Universidad una porción de sitios donde custodiar la porcelana, puede que estuviera mejor allí que en el despacho del Sr. Bosch.

Pero... allá ellos.

La capa todo lo tapa,
dice un adagio vulgar.
¿Por qué tú, bella Pilar,
no te compras una capa?

La di un beso por exceso
y una sortija de peso
que diez duros me costó;
y al regañar me dió el beso,
¡pero la sortija no!

ABRAHAM LIMORTI.

Bueno; y ¿para qué se celebran certámenes de bandas? Desde que el mundo es mundo no se conforman con el fallo del jurado las que no obtienen el primer premio precisamente, y protestan de la mejor manera posible.

De modo que... es gana de gastar el tiempo.

Vamos á ver quién es capaz de entender la siguiente orden de plaza del gobernador militar:

«Se previene á los cuerpos de la guarnición que, hallándose S. A. R. la

infanta D.^a Isabel en Madrid, no se rindan honores más que á ella, que como no está S. M. la Reina, es arma presentada y batir marcha.»

Yo no saco en limpio más que una cosa:

Que S. A. R. es arma presentada y batir marcha cuando no está S. M. la Reina.

Es lo que se desprende del texto.

A una piedra de la calle
la conté yo mi dolor...
Excuso decir á ustedes
que la piedra no me oyó.

¿Te llamas Pepe? Bueno.
No me digas tu oficio: eres sereno.

EMILIO MATESANZ.

El asistente, que es muy filarmónico, está haciendo la limpieza del sábado, y cesando de pronto en su trabajo: se pone á *rasar* unas sevillanas en la guitarra del señorito.

—Pérez —grita la capitana desde el comedor,— ¡habiendo tanto que hacer te pones ahora á darme serenata!

—No toco, señorita.

—Pues yo oigo la guitarra.

—Es que estoy quitando el polvo á las cuerdas.

Libros:

Hemos recibido el número ilustrado que el Círculo de Bellas Artes dedica al Centenario de Colón. Es verdaderamente magnífico. Le forman artículos y versos de casi todos los literatos españoles, multitud de preciosos grabados de los mejores pintores y una acuarela de Ferrant. Este número, que más bien es un libro, honra al Círculo de Bellas Artes. Cuesta 4 pesetas.

Acuarelas aragonesas, colección de cuentos, costumbres y episodios históricos de Aragón, por D. Joaquín Liso Torres. Precio: una peseta.

Semblanzas de la compañía Cereceda, en verso, con dibujos de Cilla, por Justo Imparcial.

De mi pluma, colección de cuentos interesantes por D. Luis Cordavia. Precio: 50 céntimos.

Guadalajara y el palacio del Infantado, por D. J. P. y J. Precio: 50 céntimos.

Catálogo de los grandes almacenes de El Siglo, de Barcelona, para la temporada de invierno.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Retruicano.—Dice usted:

«Bella y cándida flor,
rosa nacida entre abrojos
despide de esos tus ojos
una mirada de amor.»

sin fijarse en que al primer verso le falta una sílaba. Y ya que la llama usted rosa nacida entre abrojos, hay que seguir adelante con el símil, y no hablar de los ojos para nada. Porque las flores no tienen ojos. Tendrán hojas, si acaso.

M. N. O.—Todo, todo, todo muy mediano.

Guatillo.—Pero ¿no ha caído usted en la cuenta de que lo que llama seguidillas no son seguidillas? ¿Que por qué? Porque no tienen los acentos como es debido.

Sr. D. R. T. F.—No están mal hechos los versos. Lo que hay es que eso de las patronas es cosa muy gastada.

Sr. D. A. R.—La forma del romance está un poquito descuidada, puesto que hasta hay algún verso cojo. Las imitaciones de Bécquer han pasado de moda completamente.

O. G.—No tener gracia haciendo esas porquerías es el colmo de la *soberbia*. Porque así la tiene todo el mundo.

Un atrevido.—Malo es dedicar un soneto á Colón, pero peor es que ni siquiera sea soneto.

Un torrego.—El epigrama ha de ser pequeño, dulce y punzante, pero ése no es más que pequeño.

Sr. D. J. A. y R.—La versificación es trabajosa y un poco pedestre, y el asunto no vale la pena.

Uno de Madrid.—Tampoco eso está versificado con mucha soltura.

Dante.—Si he de decir á usted la verdad, no sé cómo son los versos de Cánovas. Pero no serán tan malos como éstos.

Sr. D. M. J. M.—Muy graciosa la carta, y por el correo de hoy sale el ejemplar, que tengo muchísimo gusto en regalarle.

Sr. D. S. T.—Cádiz.—Las moralejas que se escriben en endecasílabos son malas cuando los versos no tienen once sílabas.

Sirven?—Tengo el sentimiento de contestar negativamente.

Onabaco.—¿Quiere usted que le diga con sinceridad lo que me parece el soneto? Pues... muy flojo.

P. P. y W.—Resulta larga, sobre todo considerando la nimiedad manifiesta del asunto.

MADRID, 1898.—Tipografía de MANUEL G. HERRÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS



—Antes tenía una mella y Tirso me puso un diente. Desde aquel día, Vicente me encuentra mucho más bella.
Mayor, 73.



Ya no necesito espejos, porque compré una docena de camisas de Martínez y me miro en las pecheras.
San Sebastián, 2.



A los diez años y un día creí que no serviría, pero me he llevado chasco: es de la sombrerería de M. García Carrasco!
Carretas, 26.



—¿Que no te atreves a hacer el amor a una mujer? ¡Ya verás cómo te atreves si antes de lanzarte bebes cognac fino de Moguer!
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.

**GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS**



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

Don José se volvió loco, y odiando de corazón la cama, tuvo intención de romperla poco a poco. La dió de palos, y ¡nada! no la rompió don José... ¡porque era del Bazar de la plaza de la Cebada!
Número 1.



La gente de blusa, como la de frac, debe echar copitas de Aragón cognac.
Vicente Lóbes.—Zaragoza.



—¿Creí que te habías muerto? —No; tuve dos pulmonías, pero me salvó un cubierto que tomé en Las Tullerías.
Matute, 6.



—Este Madrid me exaspera. Compró una casa, la amuebló, y voy a vivir a un pueblo con un traje de Pesquera.
Magdalena, 20.



Para mí no hay asuntos más importantes que las fotografías interesantes.
(Catálogo, 50 céntimos en sellos, dirigidas a The Publishing Office.—Amsterdam.)



—¿Tú quieres ser picador? Pues siempre que entres de [tanda] dí que te preste valor el legítimo de Arganda.
Manzano y Calleja.—Barco, 10.

Biblioteca del Madrid Cómico



FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEÑA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem, atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO